

LEJOS Y NUNCA

EDUARDO FLORES

LEJOS Y NUNCA



*A Edu
y a Javi
y a Claudia.
Por amor.
Y nada más*

PRÓLOGO

Desde que leí *Villa en Fort-Liberté*, su primera novela larga, me percaté de que Eduardo Flores tiene un don: describe el ambiente con pericia singular. Tanta o igual, con la que encarna la sustancia literaria de sus personajes.

Para un escritor, el paisaje, el entorno, ese universo donde se desarrolla el entramado que acaba conformando una obra literaria; es siempre un desafío. Inventarlo resulta casi imposible. Recrearlo, aún más. Narrarlo con la magistral solvencia de lo conocido, se antoja una tarea reservada a plumas hábiles y depuradas.

Eduardo Flores usa una técnica distinta. Ha habitado antes en esos paisajes. Los ha reflexionado durante horas. Los ha analizado con un fin diferente y acaso más perverso. Así sucedía en el Haití de su primera novela y tal pasa en este *Lejos y nunca*, que ahora brinda a la atención del lector.

Se trata un autor que, sin embargo, oculta las verdaderas circunstancias respecto a su conocimiento sobre tales países, ciudades, y rincones. Por tanto, no será este prólogo el que las desvele. Como proemio, estas líneas sólo acentúan ese valor de su narrativa y de su capacidad creativa. Si subrayan esta característica, lo hacen para refrendar una afirmación del escritor que surgirá, en breve, antes los ojos del lector: “*Nada estaba lo suficiente lejos y nunca era un adverbio de tiempo inexacto...*”

Las páginas de *Lejos y nunca* retratan un bosque mediterráneo. Un monte que es a la vez, refugio y cárcel; santuario y mazmorra. Esas arboleda de alcornoques y mestos, esas fronda de lentiscos y helechos, esas rocas de areniscas y granito, esas

manchas de líquenes y musgo; existen. Su contundencia brutal es su propia inminencia. Se trata de un ecosistema que abarca del Portugal meridional a la Grecia septentrional. Pero que en España y más particularmente en las costas, desde el golfo de Cádiz al de León, resulta ineludiblemente cercano.

Eduardo lo sabe. Por eso refugia, oculta, encarcela o, tal vez, libera allí a sus personajes: Pablo, Vera, Diego y el pequeño. Un clan, una familia, unos supervivientes. Eso ya lo irán desvelando ellos mismos pues, como acostumbra, Flores hace que la acción discurra ante los ojos de cada personaje y fluya por las bocas de cada una de sus criaturas; a veces protagonistas y otras no.

Ese planteamiento discurre de forma tal que un lector avezado acaso perciba acentos de Steinbek, de Faulkner, de Fitzgerald, de Dos Passos, o de Hemingway. O acaso, no tope con ninguno. Al fin y a la postre, la prosa de Eduardo Flores es nítidamente latina, tan mediterránea como su bosque.

Esta historia que ahora se apresta a comenzar, contiene un último trampantojo. A algunos les podría parecer distópica. Engañosa apreciación. En palabras de su propio autor: *“Sin un campo de batalla, la guerra posmoderna no es otra cosa que el mundo”*.

Oscar Lobato

*No hay guerra que se relate.
Donde hay sangre, no hay palabras.*

La confesión de la leona. Mia Couto

En la linde del bosque, el sorprendido hombre de mundo se ve forzado a abandonar sus baremos urbanos: grande y pequeño, juicioso e insensato. El saco de la costumbre cae de su espalda en cuanto se adentra en este entorno. Hay aquí una santidad que avergüenza a nuestras religiones, una realidad que pone en tela de juicio a nuestros héroes. Descubrimos aquí que la naturaleza es la circunstancia que empequeñece cualquier otra circunstancia y que juzga, como un dios, a cuantos hombres acuden a ella.

Naturaleza. Ralph Waldo Emerson

¿Puedo preguntarte una cosa? Dijo.

Naturalmente.

¿Nos vamos a morir?

Algún día. Pero no ahora.

Y todavía vamos hacia el sur.

Sí.

Para no pasar frío.

Así es.

Vale.

Voy a apagar la luz. ¿De acuerdo?

De acuerdo.

Y luego, ya a oscuras: ¿Puedo preguntarte algo?

Naturalmente.

¿Qué harías si yo muriera?

Si tú murieras yo también querría morirme.

¿Para poder estar conmigo?

Sí. Para poder estar contigo.

Vale.

Se quedó escuchando el goteo del agua en el bosque. Lecho rocoso, este. El frío y el silencio. Las cenizas del mundo difunto trajinadas de acá para allá por los crudos y transitorios.

La carretera. Cormac McCarthy

EL PEQUEÑO

Revisaba las latas, como cada mañana. Había llovido la noche anterior. Hacía frío y el pequeño llevaba la cremallera del abrigo subida hasta arriba del tal modo que debía tener cuidado al agacharse para no arañarse el cuello. El abrigo le llegaba a las rodillas y las mangas le acababan en las muñecas con varios dobleces. La tierra y la hierba y las hojas muertas brillaban por la humedad. De las ramas se desprendían gruesas gotas de agua. Ahora sentía esa presión en el pecho y de vez en vez, mientras caminaba siguiendo la cuerda que unía las latas, las latas agrupadas como grotescos sonajeros, se giraba para mirar hacia el sendero que bajaba hacia el arroyo. También buscaba el refugio, los árboles lo ocultaban.

Se iban a dormir al caer la noche y despertaban con el alba. Ahora sentía esa presión en el pecho, siguiendo la cuerda. Papá había bajado al pueblo la tarde anterior, justo antes del ocaso; desde que empezaron los controles siempre lo hacía al atardecer y no solía volver hasta la noche del día siguiente.

Mamá, Diego y él lo observaban cuando se alejaba por el estrecho sendero y desaparecía al adentrarse entre los altos helechos. Fue cuando empezó a chispear que ella los miró y forzó una sonrisa. Diego sabía que ella ya nunca sonreía, no como recordaba.

Le costó quedarse dormido. La lluvia arreciaba y golpeaba con fuerza aquel cuartucho sin techumbre del otro lado y las maderas que cubrían el vacío de la ventana. Pensaba en papá y en la lluvia; no habría llegado a tiempo. Diego respiraba con dificultad, tosía. Poco a poco el ruido que provocaban los

impactos de las gotas de lluvia se instaló en su cabeza como un murmullo hipnótico.

A veces alteraba el orden de las latas cambiando el curso de la cuerda de una rama a otra, de uno a otro árbol; viejos alcornos cuyas ramas reverdecidas por el musgo espeso parecían cansadas por los años o debilitadas por la humedad oceánica que el aire empujaba por vaguadas y pequeños valles hasta aquel bosque selvático. Luego las hacía sonar, las latas, y comparaba el sonido con el de días anteriores.

Tumbado sobre el lecho de cartones y dentro del saco abrió los ojos y la descubrió cerca de la entrada mirando inútilmente hacia el sendero a través de la cortina de lluvia. Una vez le contó que cuando era pequeña también la llevaban al bosque. Él sabía que no era verdad y sus ojos lo delataban. Era diferente, aclaraba al punto, él asentía, y entonces ambos sabían que todo era muy diferente. Luego se movió y reptando como una lombriz se acercó al saco de su hermano y se durmió; un sueño ligero, lo suficiente como para que los pasos de mamá lo desvelasen no sabía cuándo. La escuchó suspirar y volvió a quedarse dormido sabiendo que ella no lo haría, al menos en un buen rato. Nunca se escuchaba el sonido de las latas por la noche, ni siquiera cuando soplaba algo de viento.

Si después del desayuno él iba a revisar las latas la misión de Diego era la de subir a por agua a la zona en la que el arroyo formaba una pequeña cascada mucho antes de encontrar el río ya en su descenso y unirse a él como una única cosa. Lo vio bajar al cabo de un rato, todavía no había terminado de revisar el perímetro de cuerda con las latas. Le sonrió y Diego apenas hizo un movimiento con su cabeza. Habían desayunado un vaso de leche y un trozo de pan duro con mantequilla de aquella marca extranjera que papá traía del pueblo. También la leche era de una marca extranjera; mamá vertía el polvo de la lata cuando el agua ya hervía.

Casi llegaron juntos, primero Diego, después el pequeño, y mamá los esperaba sentada con la espalda apoyada en el tronco del pino muerto frente a la entrada del refugio; abrazaba sus piernas flexionadas y sus ojos apuntaban al sendero que bajaba hacia el arroyo. Al escuchar sus pasos se giró y se puso en pie con la urgencia de quien debía hacer algo. La realidad era que por el momento lo único por hacer era esperar; eso o cualquier otra cosa.

Aquella mañana se había despertado antes del alba y volvió a sentir la presión en su pecho y la escuchó moverse, sigilosa, y escuchó toser a su hermano y abrió un ojo para cerrarlo rápidamente. Estaba despierto, pero cerraba con fuerza los ojos. Ya no llovía. Seguía sus movimientos aguzando su oído. Sus pasos la llevaron a la primera habitación del refugio atravesando el cuartucho casi sin techumbre; luego la escuchó encender el fuego y verter el agua en la olla.

II

En algún lugar de este mundo existía un refugio y ellos vivían en él.

Era una vieja y semiderruida casucha abandonada hacía más de un siglo o dos dedicada a guarecer por temporadas a pastores o a campesinos que se afanaban en la recogida del corcho. A media ladera y protegida por los vientos era toda rodeada por un bosque de alcornoques y quejigos como candelabros oxidados y rododendros que coloreaban con sus trompetas violáceas los intrincados pasillos de la selva oscura y verde y la vegetación había crecido libre y feraz por todas partes en un suelo siempre en sombra en el que era difícil ver la tierra bajo el lecho amortiguador de muertas hojas marrones y siempre húmedas.

Ni siquiera lo habían previsto, se encontraba en el camino. No resulta fácil describir la expresión de sus rostros al descubrirlo, al ser víctimas de la casualidad. Tal vez perplejo él, sofocada ella por el sudor en sus mejillas, quizás tan sólo pensaron en ello como un buen sitio para descansar. Los niños seguían asustados y buscaban en el silencio de sus padres una respuesta que muy probablemente no existía.

Tras el refugio se ascendía hacia el norte y aumentaban las pendientes y las rocas lisas y redondeadas cubiertas de musgos en su mayoría y crecían avellanillos en los que destacaba el rojo vivo de sus frutos. Los arroyos se mostraban siempre activos y por ellos el agua bajaba fresca y cristalina precipitándose ya en gargantas en las que se fundía con la espesura de los arbustos ya en pequeñas cascadas empedradas formando pozas oscuras en su caída por cuyas superficies serpenteaban las culebras y

quedaban atrapadas ramas y pequeños troncos que las fuertes lluvias del invierno y el viento y la edad habían quebrado. Según se ascendía el bosque iba desapareciendo hasta que al atravesar la cota más alta se accedía a un ancho collado por el que transcurrían las aguas marrones del río y que llegaban desde algún lugar del este deteniéndose tan sólo en los innumerables embalses creados por la mano del hombre en otro tiempo. Hacia el sur y desde esa altura se podía observar el mar como un hilo de plata cuando soplabla el viento de poniente o como una tira de algodón cuando el levante se estrechaba entre los dos continentes. El mar estaba lejos, no demasiado.

Nada estaba lo suficientemente lejos y nunca era un adverbio de tiempo inexacto; el mejor momento, ningún sitio en el que quedarse, el lugar preciso en el que ahora se encontraban y en el que sobrevivían y en el que el pequeño era extrañamente feliz, Diego luchaba contra lo que no podía comprender y Pablo y Vera se resignaban o sencillamente esperaban, no sabían qué.

Al otro lado del collado y el río la siguiente cota caía en una pronunciada pendiente hasta allanarse en un bosque de niebla en el que quejigos y acebuches se mezclaban tapando el cielo.

Era en ese bosque de niebla donde se ocultaba un grupo de la insurgencia.

Lo vio llegar desde la oscuridad, como una aparición. Se podría decir que antes sintió su presencia, que pudo escuchar su respiración, mucho antes que los rasgos difusos de su silueta encorvada.

Dejó caer la mochila a un lado, se agachó y la besó ligeramente en los labios resecos, apenas un roce, inmóviles los labios de ella.

Los niños dormían.